

EL

HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

REGISTRO DE MARCA DE COMERCIO

Director: GUILLERMO ANDRÉS



— 30 de Abril de 1905

Proprietario: GUILLERMO ANDRÉS & CIA

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

CROQUIS

I

EL DESEO.

EN las frondas, á la hora matinal, los pájaros cantan, en una orquestación de modulaciones diatónicas. Cuelgan de las ramas, en variedad multicolora, los frutos. Las flores, cubiertas de rocío, se abren en delicioso éxtasis perfumando el ambiente. Difúndese el olor penetrante de la tierra húmeda y se aspiran con el aire gérmenes fecundos que van á mezclarse en las arterias con la sangre, la purifican y la vigorizan. Es el reino de Pan, de Pomona y de Eros.

Dos muchachuelos, cogidos de la mano, avanzan lentamente por las sendas cubiertas de hojarasca. Van sin prisa, deseosos de verlo y de adivinarlo todo y se detienen á cada paso, ya á escuchar arpegios y *floritus* de cantores alados, ya á coger alguna flor silvestre, pequeña y olorosa. De distinto sexo, son ambos de una edad y muestran diferencias físicas notables. El chicuelo, delgado, nervioso, de grandes ojos negros de pupilas brillantes, revela en todos sus movimientos energía, fuerza y decisión. Su ancha frente despejada, que coronan rizos indóciles, anuncia ya á su edad la tortura del pensamiento. Su compañera, antítesis completa, es rubia como la flor del cañafístolo. Sus ojos azules, tan claros que parecen cristalizados, la dan un aire ingenuo. La boca es roja cereza que incita con su frescura y su color. Sus manitas son blancas y regordetas y sus pantorrillas firmes y finas. Se apoya en su compañero con un abandono infantil y despliega al andar todos los artificios femeninos. La pareja no suma, reuniendo las edades, veinte años justos.

Un ruido de alas y de arrullos detiene á los chicuelos al pie de un árbol florido. En la copa, dos palomas se acarician largamente, dulcemente. Y del árbol caen florecillas á los pies de los muchachos arrobados. Se difunde en torno olor de lirios que los embriaga. Mudos ante la escena imprevista, sienten de pronto despertarse un deseo extraño, un ansia inusitada de cosas que no conocen. La sangre les arde, y la respiración se les hace difícil. Y mientras las palomas, sin susto ni congojas, siguen acariciándose en lo alto del árbol florido, el muchacho clava en los ojos ingenuos de su compañera los suyos, negros como obsidiana, y le murmura en voz baja y trémula, ves?... ves?... Y su mano aprieta rudamente la muñeca de ella y sus uñas, en un acceso nervioso que él no se explica, se hunden en la carne rubia y sedosa hasta hacerle daño.

II.

MAS....

En un rincón de la sala, cerca del piano abierto como una interrogación enorme, están

sentados en un sofá dos amantes, Acaban de interpretar á todos los grandes maestros--Beethoven, Glück, Chopin, Schubert, Rossini, Mozart, Mendelsohn, Haydn, Wagner, Litz--y del teclado sonoro han brotado como por mágico conjuro las grandes creaciones musicales. Ahora, cansados de la ejecución, se han refugiado en el hueco de una ventana, y mudos los labios, enlazadas las manos, fijas las miradas, dejan vagar libremente la imaginación por el país azul del ensueño en que Psiquis reina sobre súbditos de veinte años. Ansias de cosas desconocidas, ultra-terrenas, han despertado en ellos los sonidos. Sienten vagos deseos indefinibles,

llas, su cuello, sus ojos, pero no siente nunca saciado su deseo de besar, de besar mucho, de besar siempre, de besar continuamente....

Y luego, cuando ya en la calle la brisa de la noche refresca su mente y pone en orden sus ideas, piensa que en el fondo de todo placer hay un sedimento de amargura, que nunca la satisfacción del deseo es plena y que siempre se anhela más, mucho más de lo que se alcanza á realizar.

III

EL ADIOS.

En la tarde gris, frente al mar inmenso, la despedida tiene mucho de angustiosa. Ella llora á mares y él, sin poderlo remediar, tiene los ojos llenos de lágrimas. El buque, como llamando, se balancea allí cerca. Los hombres de á bordo comienzan á izar las velas y á levar el ancla, prontos á partir para países lejanos, mas allá de los horizontes. Acompañan su tarea con un canto monótono cuyos sonos, como quejidos hondos, se deslían en la tristeza del lugar y de la hora. Las olas vienen mansamente á morir en la orilla y besan los pies del mancebo que ni siquiera se da cuenta de ello. Tras una escena desgarradora de sollozos y de lágrimas se separan los amantes y queda la hembra triste en la playa solitaria. Hinchas las velas un viento fresco y el buque se aleja de la orilla fugazmente, como una blanca gaviota de alas desplegadas.

Junto á la borda, con los ojos fijos en un punto de la playa, agita el viajero su pañuelo blanco en una interminable serie de adioses correspondidos largamente. La sombra crece; el barco avanza, y no es ya mas que una mancha negra sobre el mar. En la playa la niña desolada sólo se alcanza á distinguir como un punto indeciso que se pierde en la lejanía. Y piensa el mancebo en viaje á lejanos países, en la quimera de su juventud, en su ansia dilecta de ser amante y poeta á un tiempo mismo, y en que tal vez—así lo cree al menos—no llegó á ser efectivamente, ni poeta ni amante....

Y ella, la que se queda, la abandonada, ante el mar y con su dolor por compañero único, llora, llora mucho, y piensa á su vez que mas inmensa que esa mar sin límites es la inmensa soledad de su alma atribulada.

Frente al Arco del Triunfo

Los Bárbaros, Francia! Los Bárbaros, cara Lutecia!
bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
del ciclope al golpe ¿qué pueden las risas de Grecia?
¿qué pueden las Gracias, si Herácles agita su crin!

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,
el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,
y allí bajo el templo que tu alma pasana desprecia
tu Vate hecho polvo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina:
oh, Roma, suspende tu fiesta divina y mortal!
Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal
Tannhauser! resuena la marcha marcial y argentina
y emaga á lo lejos el águila de un caso imperial.

RUBÉN DARÍO.



de transformaciones irrealizables, y sus almas se sumergen en un nirvana delicioso.

Un ligero ruido los saca de su abstracción y los vuelve á la vida real. Recuerda el mozo entonces que se halla al lado de la mujer deseada, aspirando su aliento, sintiendo el calor de su cuerpo, viendo temblar bajo las sedas y los encajes su carne tibia y tentadora, con los labios de ella al alcance de los suyos. Y siente ardores en su piel que quema, y se extremece, y atrae á su amante junto á sí, y besa sus labios, sus mej-

Aurelio Hoffmann

Wagner

(CAPÍTULO DE "EL FUEGO.")

Traducción de DARÍO HERRERA



UNA tarde de Noviembre, Stelio Effrena regresaba del Lido, en un vapor, acompañado de Daniel Glauro. Habían dejado atrás el Adriático, tempestuoso; el entrecorcar de las olas glaucas y blancas sobre las arenas desiertas; los árboles de San-Niccolo, despojados por un viento voráz; los torbellinos de las hojas muertas; los fantasmas heroicos de las partidas y los retornos; el recuerdo de los alabareros, luchando por la cinta escarlata, y los galopes de lord Byron, devorando el deseo de sobrepassar su destino.

—Yo también—dijo Effrena, burlándose de sí mismo, irritado por la mediocridad de la vida—yo también daría hoy un reino por un caballo... Ni una alabarda, ni un caballo en San-Niccolo, y ni siquiera el valor de un remero! *Perge audacter*... Hémos aquí, sobre este inoble cascarón gris, humeante é hirviente como una marmita... Mira á Venecia, danzante allá lejos!

La cólera del mar se propagaba sobre la laguna. Las aguas estaban agitadas por estremecimiento rudo, y parecía que esta agitación se comunicara hasta los cimientos de la ciudad. Veíase los palacios, las cúpulas, los campanilos, balancearse como navíos. Las algas, desprendidas de los fondos marinos, flotaban con todas sus raíces blancas. Legiones de gaviotas volteaban en el viento; y á intervalos escuchábase sus extraños gritos sobre las crestas de la borrasca.

—Wagner!—dijo en voz baja Daniel Glauro, sobrecogido de brusca emoción, indicando á un anciano apoyado en la borda de la proa.—Allá, con Franck Litz y con Doña Cosima. ¿Lo ves?

El corazón de Stelio palpó más fuerte. Desaparecieron para él las figuras circundantes; interrumpióse el tedio amargo; cesó la opresión de la inercia. Y el único sentimiento que subsistió fué el de sobrehumana potencia, despertado por aquel nombre; y la sola realidad que se cernió sobre todos esos fantasmas indistintos, fué el mundo ideal evocado por aquel nombre en torno del pequeño anciano, inclinado hacia el tumulto de las aguas.

El genio victorioso, la fidelidad de amor, la amistad inmutable, supremas aspiraciones de la naturaleza heroica, estaban allí, reunidas una vez más, bajo la tempestad, silenciosamente. Una misma blancura deslumbrante coronaba á las tres personas vecinas. Sus cabellos eran blancos sobre sus pensamientos tristes. Una tristeza inquieta se traslucía en sus rostros, en sus actitudes, como si un mismo presentimiento obscuro abrumara sus corazones acordes. La mujer ostentaba en su rostro niveo una hermosa, robusta boca, formada por líneas firmes, reveladora de una alma tenaz; y sus ojos, de claro acero permanecían continuamente fijos en el que la había elegido por compañera; velaban con adoración sobre el que, después de haber vencido todos los esfuerzos hostiles, sería impotente para vencer á la muerte, cuya amenaza sin cesar le acosaba. Esa mirada femenina, de vigilancia y de temor, oponíase á la mirada invisible de la otra, y creaba en torno del

anciano, así protegido, una vaga sombra fúnebre.

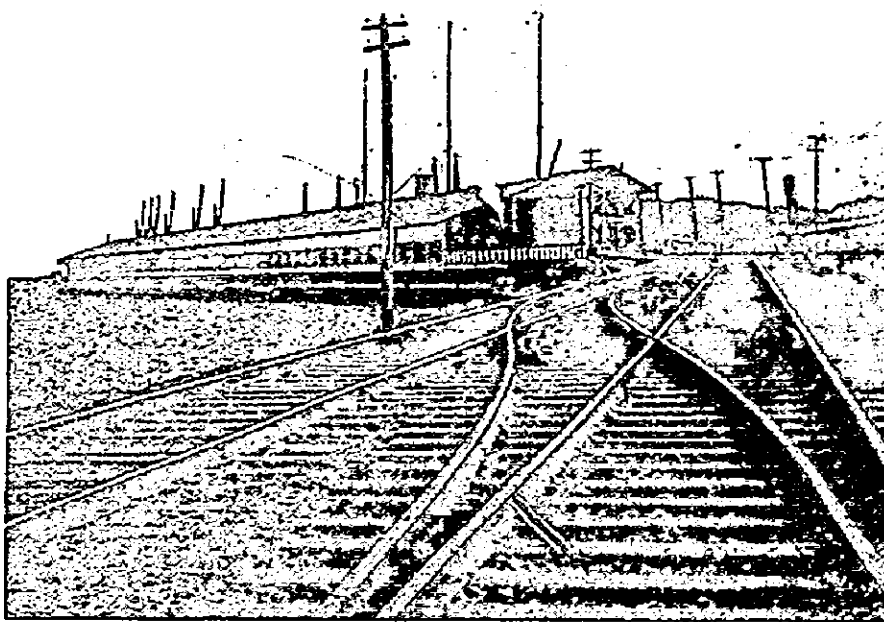
—Parece él sufrir—dijo Daniel Glauro.—No ves? Creyérase que va caer desfallecido sobre el puente. ¿Quieres que nos aproximemos?

Effrena contemplaba, con indecible emoción, esos cabellos blancos, estremecidos por el rudo viento sobre la nuca senil, bajo las amplias alas del sombrero de fieltro; y esas orejas lívidas, de lóbulo hinchado. Aquel cuerpo, que sostuvo tantas luchas, por un arrogante instinto de dominación, ofrecía ahora la apariencia de un jirón de algo inútil que las ráfagas arrebatarían á lo desconocido.

—Ah! Daniel, ¿qué podemos hacer por él?—dijo, cediendo á una necesidad religiosa de manifestar por algún signo su respeto y su piedad por aquel gran corazón oprimido.

—¿Qué podemos hacer?—repitió Daniel Glauro, contagiado en seguida por esta voluntad ferviente de ofrecer algo de sí mismo al héroe que arrostraba la suerte humana.

Y ambos no fueron sino una alma sola en el acto de gratitud y de fervor, en la súbita exaltación de su profunda generosidad. Pero no podían dar más de lo que daban. Nada era capaz de interrumpir la obra oculta del mal. Y se entristecían viendo los cabellos blancos agitarse sobre la nuca del anciano al soplo vehemente que, viniendo de lejos, traía á la laguna asombrada la voz y las espumas del mar... "Ah! mar soberbio, tú me llevarás otra vez! La salud que busco en la tierra no la hallaré jamás. Os seré fiel, oh ondas del mar inmenso...."



ANCON.—ZONA DEL CANAL.—Vista del Muelle.

Así despertaban las armonías impetuosas del *Buque Fantasma* en la memoria de Effrena, con el llamado sin esperanza que las penetra de tiempo en tiempo. Y pareciale escuchar de nuevo, en el viento, la canción salvaje de los galeotes sobre el navío de velas rojas... "Iohohé, iohohé! Desciende á tierra, ó negro capitán: han transcurrido siete años!"...

Y con la imaginación reconstituía la figura de Wager joven; le evocaba, solitario, extraviado en el viviente horror de París, miserable é indómito, consumido por una fiebre maravillosa, con los ojos fijos en su estrella, y resuelto á obligar al mundo á reconocerla. En el mito de su ópera, en el pálido navegador, el expatriado reencuentra la imagen de su propia carrera jadeante, de su lucha furiosa, de su esperanza suprema. "Pero un día el hombre pálido podrá ser libertado, si encuentra en la tierra una mujer que le sea fiel hasta la muerte!"

Esa mujer estaba allí, al lado del héroe, como guardiana siempre vigilante. Ella también, como *Senta*, conocía la ley soberana de la fidelidad; y la muerte estaba á punto de cumplir el voto sagrado....

Excitadas por el gran viento, las falanjes de nubes combatían en los espacios, desordenadamente. Las torres, las cúpulas, ondulaban en el fondo del agua, y parecían deformarse también. Y las sombras de la ciudad, y las sombras del cielo, igualmente vastas y móviles sobre las ondas erizadas, confundíase y se alteraban, como si hubieran sido producidas por cosas asimismo próximas á disolverse.

—Mira al Madgyar, Daniel. Sin duda es un espíritu generoso: ha servido al héroe con abnegación y fe sin límites. Y más que por su arte, es glorioso por esta servidumbre. Pero ve cómo ese sentimiento tan sincero y tan fuerte le inspira una afección casi histrionésca, por la continua necesidad de imponer á los espectadores una magnífica imagen de sí mismo, que les asombra!

El abate reerguía su busto flaco y anguloso, cerrado como en una cota de malla; y se alzaba con toda su estatura, se descubría la cabeza para orar, para dirigir su muda plegaria al Dios de las tempestades. El viento descomponía su espesa cabellera blanca, la cabellera leonina de donde habían partido tantos estremecimientos y relámpagos, turbadores de la multitud y de las mujeres. Sus ojos magnéticos convertíase á las nubes, mientras que las palabras no pronunciadas dibujábanse sobre sus largos, finos labios, extendiendo un soplo místico, en todo

aquel rostro atormentado de arrugas y de verrugas enormes. (1)

—¿Qué importa?—dijo Daniel Glauro.—Posee la divina facultad del fervor: tiene el gusto de la fuerza omnipotente y de la pasión dominadora. ¿No aspira en su arte hacia Prometeo, Orfeo, Dante, Tasso? Ha sido atraído por Wagner como por las grandes energías naturales. Quizás ha escuchado en él lo que trató de expresar en su poema sinfónico: "Lo que se escucha en la montaña."

—Es cierto! dijo Effrena.

Pero ambos temblaron viendo al anciano volverse de pronto, con el gesto de un hombre que jadea en las tinieblas, y agarrarse convulsivamente á su compañera, que lanzó un grito. Los dos jóvenes acudieron. Los demás pasajeros los imitaron, sobrecogidos por aquel grito de angustia, y se estrecharon en torno de él. Una mirada de la mujer bastó para impedir que se aproximaran al cuerpo, que parecía inanimado. Ella lo sostuvo, lo acomodó en el banco, le tomó el pulso, se inclinó para auscultarle el corazón. Su amor y su dolor trazaban en torno del enfermo inerte un círculo inviolable. Todos retrocedieron y esperaron silenciosos, espiondo con ansiedad, sobre aquel rostro lívido, los indicios de la muerte ó de la vida.

El rostro permaneció inmóvil, abandonado sobre el regazo de la mujer. Dos surcos profundos descendían á lo largo de las mejillas hacia la boca entreabierta, ahondándose cerca de las alas de la nariz imperiosa. Las ráfagas agitaban los cabellos ralos y finos sobre la frente convexa, el blanco collar de barba sobre el mentón cuadrado, donde el vigor de los huesos maxilares era visible al través de los pliegues flácidos de la piel. Las sienes se cubrían de un sudor viscoso, y un débil temblor sacudía uno

(1) Litz.

de los pies, colgante. Los menores detalles de aquella figura lívida se imprimieron para siempre en el espíritu de los dos jóvenes.

¿Cuánto duró aquel suplicio?

El paso de las sombras continuaba sobre las aguas lívidas, interrumpido de tiempo en tiempo por el gran haz de rayos que parecía traspasar el aire y hundirse en ellas con pesadez de flechas. Oíase el ruido cadencioso de la máquina, y, por momentos, la risa burlona de las gaviotas, mezclados ya al rumor sordo que llegaba del Gran Canal, el vasto gemido de la ciudad combatida por la borrasca.

—Le transportaremos—dijo al oído de su amigo Stelio Effrena, embriagado por la tristeza de las cosas y la solemnidad de sus visiones.

El rostro inmóvil daba apenas indicio de volver á la vida.

—Sí, ofrezcamos nuestros brazos!—dijo Daniel Glauro palideciendo.

Miraron á la mujer de faz de nieve; avanzaron, muy pálidos; ofrecieron sus brazos.... ¿Cuánto duró el transporte terrible? Corta era la distancia del buque á la orilla; pero esos pocos pasos valieron por una larga jornada. El agua reventaba contra los pilares del desembarcadero; el aullido salía del Canal como meandros de una caverna; las campanas de San Marco tocaban á vísperas; pero aquel ruido confuso perdía toda realidad inmediata y parecía infinitamente profundo y lejano, como una lamentación del mar.

Llevaban en sus brazos el peso del Héroe; llevaban el cuerpo desvanecido de aquel que había difundido sobre el mundo la potencia de

su alma oceánica; la carne mortal del Revelador, que, para la religión de los hombres, transformó en canto infinito las esencias del Universo. Con un estremecimiento inefable de espanto y de júbilo, como el hombre que viera un río precipitarse desde una roca, un volcán fundirse, un incendio devorar una floresta, un deslumbrante meteoro ocultar el cielo estrellado; como el hombre al aspecto de una fuerza natural, imprevista, irresistible, Effrena sintió bajo su mano, colocada en el costado para sostener el busto,—se había detenido un segundo para recobrar fuerzas, y contemplaba aquella cabeza blanca apoyada en su pecho—sintió bajo su mano palpitar de nuevo el corazón sagrado....

GABRIEL D'ANNUNZIO.

LA AMARILLA

NOCTURNO V.

PARA EUGENIO J. CHEVALIER



—¿Cómo han caído en mis robustos brazos, temblando y macilentos, los que parecían pujantes, fuertes é invencibles!

¿Cómo he visto en deleznales briznas convertidas las ambiciones áureas, y tantos rudos empeños mercantiles!

Venían de lejos, y parecían efebos y deidades no ha mucho surgidos esplendentes de bosques inmortales! esos llevaban azulosas brumas septentrionales en las pupilas y un bruñido color de oro fino en los cabellos; estos tenían en su cabellera y sus pupilas toda la sombra y negrura endrina de la eternidad y del olvido; y aquella turba, gente tosca, anónima y viajera, no sé de donde, pero siempre de lejanos puertos, también la subyugué, la exterminé despótica!

¿Por qué á mí sola me enojan y molestan con el horrible estrépito de su marcha acelerada y ruda, y con el bullicio caótico y confuso de sus palabras extrañas y vibrantes? ...

Bajo el cielo ardoroso de mis comarcas, yo tengo muchísimas hermanas, y á ellas se les designa con nombres raros que en mis oídos suenan como bárbaros; las dicen *diáforética*, *tifóidea*, *sinocul* y otras cosas más, y no sé si por odio, advertencia ó por pavor; empero, entre ellas, yo soy la única que poseo un sentimiento definido de adversión á todo lo que brilla como de lejos climas; que vive penetrada de una pasión caníbal á todo lo extraño, á todo lo de fuera, y que no dejo un solo instante de recorrer mis selvas y mis costas predicando el exterminio santo de lo exótico.

Mirad! allá vienen! Ah! los pobrecitos! dejadles venir, que el grande y colosal *steamer*, á semejanza de enorme leviatán ferruno, los conduce á mis comarcas arrullados por los rumores de marinos vientos y el bullicio de salobres ondas.

¡Oid mi verbo de esplendor sombrío! Oid! vosotros que errantes buscáis y perseguís á mi amiga obscura, loca, indefinible: la Fortuna!

¡Oid canción terrífica en las ardientes soledades de mis costas y en el confin de mis regiones cenagosas! ¿Qué en donde habito yo y qué en cual lugar no puedo estar? Bien lo sabéis ha tiempo, porque mi ubicuidad en mis dominios os llena de asombro y de terror!

Venís de lejos, de ilustres urbes populosas, en donde finge un edén pagano la excelstitud de la belleza de las artes y la fuerza y la virtud del músculo creador.

Venís de lejos, de acrópolis sagradas, palacios opulentos y babilónicos pensiles.....y esto, qué me importa?...

En la jurisdicción de mis pantanos, en el inmenso y negro cendal de mis insectos que, nítrense feroces con la robusta sávia de mis

orquídeas venenosas, en el velo deletéreo que cubre mi rostro de las tibias emanaciones que enfloran mis verdes bosques de manzanillo, en la majestad cesárea que circunda el poder de mis dominios, qué me puede importar el origen de vuestras cunas?....

Tras el duro torax de vuestros pechos traéis el corazón robusto de sanas energías; vuestros músculos acerinos pretenden domeñar la fiereza de los obstáculos y bajo vuestros cráneos, como en ardiente nido de águilas, se esconden los

Rojo simbólico

A Guillermo Andreve

Me enamora lo rojo, porque hay rojo en el rubí, en la fresa, en la granada, y porque en rojo tiñese la espada del valiente que la hunde con arrojo.

Me enamora lo rojo que es sonrojo en las blancas mejillas de mi amada, y el que en la tortolilla enamorada, con la chispa de amor, enciende el ojo.

Me enamora lo rojo que barbota del volcán en la cumbre y lo engalana, el que en las ondas trémulo rebota,

Y el que á la fatigosa caravana muestra la tierra sacra, allá remota, envuelta en la explosión de una mañana.

LEON A. SOTO.

Tus ojos

Vuelve, sí, tu mirada hacia la mía; ¿qué idealidad de ensueño, qué hechicera fascinación, qué mística quimera puso Dios en tus ojos que extasía?

¿Qué tienes en los ojos?.....no podría en mis versos decirlo aunque quisiera: ha tiempo que los ví por vez primera y los estoy mirando todavía.....!

¡Tus ojos!...su mirada resplandece con placidez de luna que tranquila destellara su luz en dos abismos.

¡Oh! vuelve á mí tus ojos que parece que tienen en su lánguida pupila no se qué irresistibles hipnotismos!

A. QUIÑONES.

vastos planes, los propósitos férreos y brillantes, á mas de un continuo y rauda chispeo de saber que admiro con asombro encantador. Esto es verdad; y qué me importa á mí?... Yo tomo todo eso, lo junto, lo confundo y lío en un solo haz, y sin darme tiempo para pensar siquiera, lo disuelvo ardorosa en la ictericia de mi cólera, y luego, todo informe, hediondo, repugnante y con mas intensa amarillez que el oro que buscáis, lo arroja todo mi potestad soberana á la noche de la muerte y del olvido.

Y después, allá lejos, acaso en lo más apartado y lejos de otro hemisferio; allá, digo, se quedan aguardando las misivas y noticias del ausente; allá, digo, se quedan esperando el áureo vellocino del caudal acumulado, mientras que yo os tengo deprimidos, sojuzgados bajo inmensa capa de polvo negro, de donde es imposible el levantaros porque ya sois míos....y para siempre míos!

¿Queréis que aún diga más? Esto es, ¡pensáis estrecharme, vencerme ó extinguirme con la pertinacia ó el empeño que domina en vuestras almas? ¿Venceréis al fin?...; no lo sé... acaso... talvéz... sólo Dios lo sabe!

**

Y en aquella larga noche sentí como un vago y tenebroso pesar en mis ideas, recrudescido por la atroz vaporización que subía á mi cerebro, consecuencia de un sordo y profundo descontento que invadía mi espíritu; un soplo helado y tembloroso me rozaba de continuo los oídos, y en aquel silencio frío y extenso sentí que me era odioso hasta el ruido que causaban mis pisadas; miré las estrellas, y pensando que risueñas me miraban, sospeché que estaban lejos, muy lejos las olorosas claras del día; contemplé con atención la masa informe de edificios que en ringlera descubría entre la obscuridad de la desierta calle, y devorando mis pupilas con avidez toda aquella larga sombra, imaginé por un instante que del revuelto y estrecho surco efectuado por la construcción del acueducto, se erguía, se levantaba somnolente, como fantasma color de azufre luminoso, la fiebre magna, la fiebre maldita, la fiebre que su nombre en la canción bautizan LA AMARILLA...

Y esto fué un instante no más, porque desveneciése la visión; en tanto que por efecto de las linternas colocadas sobre la tierra removida, me pareció que la negra y desierta calle estaba empedrada de diamantes y rubíes.

Simón Rivas

DR. VICTOR R. CARDENAS

Encargado de Negocios y
Cónsul General del Perú
en Panamá.

Hoy honra sus columnas EL HERALDO DEL ISTMO con el retrato del señor Doctor Víctor R. CÁRDENAS, Encargado de Negocios y Cónsul General del Perú en la República. Es el señor Cárdenas persona meritoria, culta, afable é ilustrada, y me á estas cualidades un cariño vehemente por nuestra tierra que lo hace acreedor á todas nuestras simpatías.

Refiriéndose al señor doctor CÁRDENAS, dice nuestro estimado colega *La Revista Pan-Americana*, de Lima, en su número correspondiente á Mayo del año próximo pasado, lo siguiente:

"El doctor Cárdenas es joven todavía. Nació en Marzo de 1869 en la ciudad de Arequipa. Sus estudios de primera y segunda enseñanza los hizo en los principales planteles de esa ciudad intelectual del Perú. Los de jurisprudencia y ciencias políticas los comenzó en la Universidad de San Agustín de Arequipa y los concluyó en las respectivas facultades de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Dedicado por inclinación á los estudios diplomáticos, sus tesis de bachiller y doctor sobre *Plebiscitos internacionales* y sobre *El sufragio universal y directo* merecieron el aplauso de sus catedráticos y de la prensa.

En 1885 ingresó á la carrera consular como oficial segundo de la Sección en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Antes había hecho la campaña constitucional que terminó con el triunfo del general Cáceres en Diciembre de aquel año. En 1886 fué nombrado Jefe de las Secciones Diplomática y Consular, puesto que desempeñó hasta 1899. Después fué nombrado Secretario de primera clase de la Legación del Perú en Bolivia, y después desempeñó el puesto de Encargado de Negocios. Sus trabajos en esa legación han merecido caluroso elogio de parte de sus jefes, particularmente la memoria que presentó en 1900 sobre nuestra cuestión de lí-



mites con la República de la Altiplanicie.

Ultimamente desempeñaba comisiones honorosas en la Cancillería y á su iniciativa se debe la adopción de los timbres consulares que han aumentado esa renta, y la adopción del Reglamento General Consular que redactó.

Dados estos honrosos antecedentes, no es de dudar que se hará digno de la estimación del gobierno ante el cual se le ha acreditado. Lo deseamos por el honor del amigo y por el prestigio de la patria."

nuestra capital y algunos días mas tarde supo que el dueño de aquella casa, hombre de edad avanzada pero sano y robusto, había fallecido repentinamente.

**

Un día del mes de Noviembre de 1901 estaba yo de visita en casa de la familia D., calle Independencia, cuando entre risas y pullas me fué referido por una de las niñas lo siguiente: La noche anterior, á eso de las doce, estando ya todos acostados, sintieron llamar precipitadamente en la puerta de uno de los dormitorios; nadie de la casa faltaba y atribuyeron el ruido á cualquier causa, tal vez á una racha repentina de aire; pero como el llamado se repitió aún con mas fuerza, levantáronse, corrieron á abrir y entonces pudieron comprobar que no solo no había absolutamente nadie, sino que tampoco soplabla la mas leve brisa; no supieron qué pensar, pero se abstuvieron de hacer comentarios y, como la cosa no se repitió, no volvieron á acordarse de lo acaecido sino en tono de broma. Cuando después de unos días renové mi visita, encontré desolada á la familia D., deplorando la impensada pérdida de un parente cercano, acaecida en el campo en la misma hora y día que sintieron resonar los célebres golpes.

**

Mi abuela materna venía padeciendo desde muchos años atrás una afección crónica á la que ya tan acostumbrados estábamos que ni caso se le hacía. El invierno del año 1899 le pasaba relativamente bien y sin guardar días de cama como en años anteriores; ni siquiera la visitaba nuestro médico, el inteligente y esforzado facultativo, é inolvidable amigo Doctor Angel Anido....

En San Antonio de Areco (Provincia de Buenos Aires) se había organizado para festejar el día patrio de Julio, un espléndido baile á realizarse en los salones de la Municipalidad el 8; en esa población había yo veraneado bastantes veces, y tenía relaciones que me obligaban á asistir á la fiesta dicha.

Partí pues por la estación Retiro el 7 de Julio con ánimo de regresar el día 9 por la tarde para no perder mis obligaciones del 10. Por todo petate llevaba una valija con solo un llamante traje negro y con puños, cuellos, sombrero, y zapatos flamantes también; nunca supe el oficio que iban á desempeñar esos trajes que yo destinaba á una fiesta en el que pensaba divertirme como nunca....

A las 9 p. m. del día 7 arrancaba la locomotora que conducía el convoy al Rosario pasando por San Antonio. Me había instalado en un wagón casi vacío, hacía una noche gélida y si no temblaba de frío era merced á mi buena manta y á una botellita de coñac. Comencé á entretenerme con algunos diarios, pero apenas habíamos pasado la Recoleta (10 minutos de Buenos Aires) cuando creí percibir algo como un débil y continuo suspirar, una lejana lamentación; en un principio no hice caso, pero las quejas, los ayes, fueron en aumento y, sin saber porqué, me sentí incómodo, víctimas de inexplicable malestar, de indomables zozobra y sobresalto, que no sabía á que causa atribuir. Abrí la ventanilla y al silbar en mis oídos el helado viento, oí con mayor fuerza el tétrico susurro de los gemebundos ayes.... —Si el tren hubiera arrollado á alguien —pensaba yo— solamente se hubiera oído un fuerte grito, el de agonía, y no este continuo gemir. En la penumbra del wagón ví á dos ó tres compañeros de viaje que leían tranquilamente.... Pero, ¿es que ellos no sentían? La tensión de mis nervios era extremada, mi desaliento enorme: creí que iba á desvanecerme; una afección *sui generis* me ahogaba; sentí imperiosa necesidad de aspirar mucho, pero mucho aire y de convencerme de si no habría alguien entre las ruedas del wagón; esto era imposible, pero la fiebre me lo sugería con fuerza de verdad incombustible, y á pesar de que la enorme vólvora de hierro se deslizaba con irridada rapidez sobre los rieles, trepidando y crujendo como estremecidas por la nocturna oscuridad y rasgando con fuerza el aire, abando-

LOS PRESAGIOS



YO no soy supersticioso. Ni espiritista. Ni creo en ninguna de esas paparruchas macabras, donde en antiguas consejas de vejetes ya sin fósforo en la mollera, modelan terribles y erzantes relatos de duendes y ánimas, brujas y encantamientos, diablos y cahalas. Y sin embargo: á pesar de que ridiculizo esas exageraciones y anatematizo la necia vulgaridad de entes faltos de una regular instrucción, de seres débiles y neurasténicos, tengo, forzosamente, porque lo he palpado, y aunque sacrificando mis tranquilas creencias al respecto, que creer ciegamente en una cosa, en un algo inexplicable á satisfacción para mí y para muchos (aunque sea una aceptable explicación la que presenta Flammarion sobre los casos de telepatía ó telastesia y aunque una mayoría se lo explicará bien claramente á su manera y modo con solo adicionar un pago de ánimas en pena á un espíritu vagabundo, ó algo por el estilo); se trata de ciertos "presagios funestos"; pero no de esa redundancia de imbecilidades que suponen algunas, muchos, de mal agüero, como ser la rotura de un espejo, la caída de la sal; el derrame de tinta, el hacer girar una silla, etc. Se trata en el presente caso de "presagios serios", por decirlo así: de fenómenos probablemente psíquicos que tal vez no haya nunca quien los alcance á resolver, algo que no explicará la razón humana siempre torpe para juzgar esos fe-

nómenos denominados ultra terrenos ó sobrenaturales, ese misterioso algo enamorado posiblemente de algún incognoscible sexto sentido, el de las visiones extrarracionales....

**

El año 1899 tuvimos en casa á nuestro servicio un mozo de comedor llamado Manuel Acuña, español de unos 24 años, individuo de fuerte complexión física y moral, quien varias veces me relató minuciosamente lo que sigue:

El año anterior estaba en Montevideo sirviendo en una casa de buena y respetable familia. Una noche oyó llamar á la puerta de calle, corrió á inquirir quien era el visitante, y perdiendo la noción del sitio en que estaba, cuál no sería su sorpresa al contemplar, atónito, en el zaguán, el desfile de una compacta y numerosa procesión de pigmeos, con todos los elementos y atributos concernientes á aquella!....

Cuando el miedo se lo permitió, volvió á sus quehaceres, pero esa noche ya no pudo dormir. Esto mismo se repitió en idéntica forma durante varias noches seguidas y lo especial del caso es que, aunque Manuel temblaba al oír llamar (siempre á la misma hora) y quería á veces mandar algún compañero, una atracción irresistible, á la que no podía sustraerse por más esfuerzos que hiciera, lo arrastraba hacia la puerta cancel y allí lo enlavaba hasta que la visita desaparecía por completo. Entonces el infeliz quedó en escaso término tan delgado, nervioso y hasta enfermo de miedo, que hubo de abandonar el servicio de aquella casa, llegando su terror al extremo de dejar también á Montevideo, por temor de volver á sufrir aquellas alucinaciones. Entonces vino á

María Zaehrisson

María Zaehrisson, the lovely little daughter of the Consul for Panama, represented Liberty in pleated robes of white, with graceful drapery of blue and girdle of gold, and a red Liberty cap wreathed with laurel leaves set on her dark hair.
The Liverpool Courier

né mi asiento, corrí á la plataforma y ciego, sin ver que me exponía á una muerte desastrosa, bajé la escalerilla hasta su último tramo, y allí agachándome en convulsivas contracciones de felino, pretendí escudriñar el seno de la inexplicable sombra que todo lo envolvía.... Nada pude ver, pero aún alcancé á oír un doloroso gemido que me hizo temblar de miedo.... En un esfuerzo supremo, algo instintivo, logré subir á la plataforma y volver á entrar en el coche. Cuando ocupé de nuevo un asiento me ví en el espejillo incrustado, cerca de la ventanilla lívido, desencajado, erizados los cabellos y me sentí helada la carne, mientras mis dientes batían un desigual castañeteo; estuve nuevamente á punto de perder el sentido, pero con un arranque de voluntad conseguí reponerme un poco abrigándome bien y tomando unas gotas de coñac.

La reacción vino, mas quedé como fatigado por un vivo esfuerzo mental....

Cuando pocas horas después á la una y pico de la madrugada, llegué á San Antonio de Areco, miraba receloso á mi alrededor, esperando sin duda, ver aparecer instantáneamente algún terrible fantasma; y en el carruaje, envuelto en el sobretodo y la manta, tiritaba nerviosamente oprimiendo con fuerza un revólver. Solo me consideré seguro cuando me ví en el seno de la familia que me aguardaba y si no les relaté en ese momento el caso, fué porque yo comenzaba á creer que habría sido víctima de alguna pesadilla....

Y á todo esto he de agregar aun otro dato muy sugerente: por regla general tengo tan buen cerebro que duermo á cualquier hora, no extraño el lecho, nunca tengo pesadillas ni ensueños, y soy muy capaz de dormir quince horas consecutivas: pues bien en la madrugada á que me refiero, siendo las cuatro, dí tan tremendo salto en la cama que me desperté sobresaltado y no pude, á pesar de mi cansancio, recobrar el sueño: solo conseguí amodorrarme.

Cuando á las 7.30 me preparaba á desayunarme, sin hacer ya caso de tan inusitados acontecimientos, atribuidos tal vez á mi extrema nerviosidad, recibí el telegrama que transcribo *ad pcedem litterarum*:

Mamá falleció. Vente enseguida.

Tu madre. -- Aurora.

Luego supe que había dejado de existir á las 4 a. m. y también he pensado seriamente muchas veces, no sin fundamento, si lo acaecido aquella célebre noche del día 7 y madrugada del 8 de Julio de 1899, fué ó no un presagio del luctuoso acontecimiento. Tan inesperado era el fallecimiento de mi pobre abuelita.

A las 3 de la tarde tomé el tren de regreso, y volvía ya de luto y descorazonado: á las 7 pasadas llegaba á casa encontrando á mi madre desolada y á *momita* en medio de los lígubres corios, destacando la nivea blancura de sus rígidas facciones, sobre el grisáceo-oscuro tinte de un hábito franciscano: era su última y piadosa voluntad, ejecutada por el hoy guardián del convento de San Francisco en La Plata, Fray Bernardino Iglesias....

Y para anotar un sarcasmo, al siguiente día 9 de Julio, en medio de las marciales y alegres dianas á cuyo són desfilaron las tropas, partía de la casa calle Cangallo 943, el cortejo fúnebre de la que en vida se llamara Concepción P. de los Ríos de Lorenzo.

Y el flamante traje negro y demás efectos que creí estrenar en el anhelado baile de San Antonio de Areco, los utilicé para ir en el coche de duelo de mi segunda madre....

LUIS M. BLAZQUEZ.

La Plata (R. A.) 1904.

Como prueba inequívoca de amistad sincera y como homenaje á sus méritos: buen talento y preciosísima belleza, publicamos por segunda vez el retrato de nuestra buena amiga MARÍA ZAEHRISSE, que desde allá, desde la patria de Byron, nos envía con galante dedicatoria.

Representa la Libertad nuestra amiga, y al baile de fantasía al cual asistió, dió realce de fijo con toda su belleza meridional y su decir siempre agradable y oportuno.

Vaya nuestro recuerdo cariñoso á la amiga que en la vieja Europa pasa ahora su vida en un colegio nutriendo con savia de ciencia su firme cerebro y echando de menos—llena de nostalgia tal vez—el bello sol de su tierra y el arrullo del Pacífico.

Romero



El que no comprende

30 ABRIL 1905

(TRADUCCIÓN ESPECIAL).

Elle dira, lisant ces vers tout remplis d'elle:
Quelle est donc cette femme? El ne comprendra pas.
D'ARVERS.

DE todos los placeres que puede procurarnos la Literatura, el más delicado es ciertamente éste: "No ser comprendidos!" Esto nos vuelve á nuestro puesto, al delicioso aislamiento de que inútil actividad nos había hecho salir; nos confina en nuestra casa y nos obliga á tocar el violín sólo para las arañas, que ellas sí son sensibles á la música.

El que no comprende no es sensible ni á la música ni á la lógica. Es sordo, pero no es mudo, y va gritando por todas partes: *yo no comprendo*. Está orgulloso por su falta de inteligencia y con esas palabras haraposas que visitan su desnudez intelectual, como otros lo están con su talento y con sus ideas. Se exhibe, se cree invencible, y tan pronto como siente alabada por sus iguales la vanidad de *no comprender*, le brota por detrás un abanico de plumas de pavo real, cada una de las cuales luce á guisa de ojo un redondel en que está escrito: *yo no comprendo*.

Esta facultad lo hace estimable para aquellos que tampoco comprenden, pero que no se atreven á decirlo, porque les da vergüenza de ello. Lo buscan, su aplomo les da valor, y tan pronto como lo oyen, se dicen los unos á los otros: "Este tampoco comprende, y, sin embargo, no se avergüenza de ello, al contrario!"

Al contrario, conoce su valor y se complace en lucirlo: su cola de pavo real, con sus preciosos redondeles, es un estandarte cómodo y muy visible, aun á larga distancia. No lo recogió en ningún campo de batalla, pero tampoco se lo ha robado: le brotó atrás espontáneamente, le pertenece, y es claro que no lo despliega para conducir sombras al asalto de vanos ideales.

El que no comprende es, en efecto, un hombre práctico, que explota eficazmente la virtud de *no comprender* y saca provecho de ella. Todos los periódicos le brindan sus columnas y gana cuanto quiere con solo escribir, envuelto en finos sobreentendidos, su inmortal *yo no comprendo*.

Si no le abren alguna puerta, la golpea con su espléndida cola, y en el acto cede á su esfuerzo. Es un *acaparador*: la prensa grande y respetable no le basta: delega sus tenientes á la prensa menuda y la llena toda en su provecho, aun cuando á veces sus tenientes exajeran la medida y lucen una estupidez que desacerdita sus funciones, por cierto, honorables y lucrativas....

Vivo contento; todos los días encuentro *los que no comprenden*, y gozo con su ignorancia, franca é inocente. Los quiero porque me inducen á seguir mi verdadera vocación: el silencio.

* *

Como no soy ni inspirado ni visionario, debe suponerse que la idea de *el que no comprende* me fué sugerida por algún quebedizo que me dieron para perjudicarme.... No me quejo de esto, y antes lo cuento por si logro distraer á los aficionados. Si, señores, diviértanse ustedes, que jamás podrán divertirse conmigo tanto como me divierto yo con *el que no comprende*.

En ocasiones anteriores he expuesto mis ideas ó fantasmas de ideas—luminosas como todo fantasma y de evidencia fosforescente—sobre estos sencillísimos puntos:

1.º La libertad en Arte ó como deseo el Arte libre;

2.º La renovación de la palabra *Simbolismo*, para que sirva de denominación común, entre el público lector, á una decena de escritores, menores de treinta y cinco años, unidos en idéntica aspiración; y

3.º La verdadera significación de la palabra *Idealismo*, que intentaba fijar, no sin algo de presunción de mi parte.

Pues bien, este modesto clamor en tres notas, esta primitiva melodía, tan sencilla que se la asimila en el acto todo escolar que la oiga, llegó al oído de *el que no comprende*—aquel es sordo, pero no es mudo—y sólo percibió un vago ruido, semejante al quejido de los álamos, que lo hizo gritar victorioso: *yo no comprendo!*

Estas sílabas, complaciente y vanidosamente repetidas, y la rectitud, la marcha, la frente y el ojo de *el que no comprende*, muestran claro—¿por qué no atreverme á decirlo?—su esencial falta de inteligencia. Se le ve, sí, se le ve sin necesidad de que marche inflado, ni de que luzca su geroglífica cola, ni aun siquiera de que escriba.

Pero seamos indulgentes y no olvidemos que *el que no comprende* marcha, se pavonea y escribe para una clientela de ineptos *snobs*, incapaces de alcanzar el grado eminente de su inbecilidad. Además, y esta es repetición, su labor es fructuosa.

Otra cosa. *El que no comprende* es un hombre malo? ¿Es un envidioso? Como todos los necios es malo y es envidioso, pero accesoriamente: su maldad es infinitesimal, su envidia es mezquina. Cuando cree matar, pica como pulga. Esto no hace sufrir, ni provoca cólera, ni incita á la venganza; hostiga y nada más, pero no puede evitarse. El *ómnibus* literario está, como todos, lleno de parásitos.

Así, pues, *el que no comprende* es inofensivo: su picadura apenas causa cosquillas, que hacen reír y descongestionan el cerebro: son saludables. Uno puede hasta despancigar el bicho, pero lo despancija con lástima.

El que no comprende—límite fijo, adofuín inmovible—es, además, pasivo y negativo. Pasivo, su facultad de *incomprensión* es limitada y siempre igual á sí misma; negativo, esta facultad se modela como cera sobre el sujeto que *no debe* ser comprendido, y se sobrepuja á sí misma en las cuestiones abstractas. Pasa casi como con los guardias de la canción:

Ils nous parlent de la gloire,
Nous qui n' y comprenons rien;
Mais s' ils nous parlaient de boire,
Tous les gardes ils le savent bien.

No comprender la idea pura y *no comprender* la idea desinteresada, inamonedable, invencible, es el triunfo del hombre de la cola de pavo real. Para él y para todos los intelectos rudimentarios, no hay sino ideas concretas: la literatura es una pluma de ganso; el genio, Emilio Zola; la poesía, una estampilla de cincuenta centavos; el simbolismo, un palikaro de magestuosos bigotes; la música, un pianista, etc., etc.

Dé usted explicaciones, dígame que la literatura es un modo de actividad; que el genio es una realización; que la poesía es una florescencia del alma; que el simbolismo es la expresión estética del idealismo; que la música es el lenguaje de lo inconsciente y lo desconocido, etc., etc.; dígame usted todo esto, y por claro que se los diga, ellos no percibirán sino ruidos vagos, como de quejas de alerces piramidales, y le responderán:

—Sí, señor, estamos de acuerdo, pluma de ganso, Zola, estampilla, palikaro, pianista....

Hé aquí la razón por la cual *el que no comprende* desarrolla á su alrededor y hasta los confines del mundo conocido, una vanidosa atmósfera de jovialidad, surcada por los rayos de ingenio, *chispazos* á su manera.... Inocentes distracciones, placeres cuasi campestres entre los más delicados que puede dar la literatura.

¡*No ser comprendido!* Esto nos vuelve á nuestro puesto, nos confina en nuestra casa y nos obliga á tocar violín sólo para las arañas!

En cuanto á mí, vuelvo á mi verdadera vocación: el silencio.

REMY DE GOURMONT

(De *La Quincena*)

treinta años han aparecido y completado de un modo por lo menos parcialmente definitivo los rasgos de la interesantísima figura, permitiéndonos fijar el hombre mismo conforme á datos auténticos, á hechos incontrovertibles, imaginarlo tal como fué y tal como luchó contra los azares de una vida miserable y arrastrada, cual quizás no se encuentra otra más triste en la historia de las literaturas.

Cuando Cervantes, después de sus cinco años de soldado en las guerras de españoles é italianos contra el turco, volvía á su país, fué, como es sabido, apresado en el mar por piratas berberiscos y llevado á Argel, donde vivió como esclavo otros cinco años. Entró por fin libre en España en 1580, y media, desde esa fecha hasta la de la publicación del *Quijote*, un espacio de veinticinco años desgraciados, en que sin exageración puede afirmarse que apuró hasta las heces el infortunio. Establecido en Madrid intentó en balde vivir del producto de su talento literario. Ni la *Galatea* ni las dos docenas de comedias que compuso lograron ayudarlo á subsistir decentemente; despechado salió en busca de un empleo del gobierno, creyéndose á ello con justicia acreedor por sus servicios militares y su martirio de Argel. Esta nueva carrera no le resultó mejor. Nombrado proveedor auxiliar de la Invencible Armada trájole el cargo sobre todo sinsabores; en dos ocasiones varios meses de prisión y por último expulsión ignominiosa del servicio público por irregularidades en sus cuentas. En el intermedio había solicitado en vano un empleo vacante en América por medio de memorial muy razonado al pié del cual puso Felipe II, por fortuna: *Busque por acá en qué le haga merced*, pues muy probablemente si se embarca no hubiera habido *Don Quijote*. Vivió de ahí en adelante bajo la perpetua amenaza de nuevo encarcelamiento, amenaza que más de una vez se trocó en palpable y punzante realidad durante los años en que, náufrago de la vida, luchó en Sevilla, sumido en abyecta pobreza, probablemente como memorialista ó escribiente público, la más humilde de las ocupaciones que la mala suerte podía imponer á un hombre de talento; hasta que la Real Hacienda, no dándose por satisfecha con la prisión por él sufrida y deseosa de finalizar su expediente y liquidar su situación, le ordenó comparecer en Valladolid, la corte, á principios de 1604. Convencida al fin de que no era posible extraer de tan pobre deudor la suma exigida, se abstuvo de perseguirlo más. Pero dírase que había siempre donde estaba algo que lo empujaba á la cárcel, pues allí mismo en Valladolid, cuando ya había aparecido la obra maestra que había de ponerlo á la cabeza de los españoles pasados, presentes y futuros, un alcalde de casa y corte dictó contra él y toda su familia auto de prisión en la causa seguida con motivo de la muerte de un don Gaspar de Ezpeleta. Y á la cárcel fueron todos; pero eran inocentes; á los pocos días el alcalde puso á Cervantes en libertad bajo fianza, y la causa paró en nada. Basta recorrer ese sumario, que se ha publicado hace poco conforme al original que existe en la Academia, para darse cuenta de la condición, triste bajo todos conceptos, en que vivía Cervantes.

Al viaje á Valladolid debióse en cierto modo la publicación del *Quijote*, pues dió entonces con editor que le comprase é imprimiese el libro, acabado ya meses antes, comenzado, como en el prólogo advierte, en una (no se sabe cuál) de las diversas cárceles en que estuvo encerrado.

La obra vendida por un pedazo de pan al librero Francisco de Robles, y en cuyo valor éste apenas fiaba, como demasiado lo revelan el mal papel y la peor impresión de todo el tomo, tuvo seis ediciones durante el primer año, no tardó en ser reimpressa fuera de España y poco después apareció traducida en Francia y en Inglaterra. Maravilla la rápida fortuna de volumen tan grueso relativamente, en aquellos días en que las comunicaciones eran tan difíciles.

Pero aquí me tengo. No es posible compendiar en breve artículo la historia del famoso libro. Mi única idea ha sido apuntar, recordar, con motivo del tercentenario, el contraste profundamente significativo, que todos han de notar, entre libro tan sereno, tan imparcial, tan

En honor del Quijote



MIGUEL de Cervantes nació en 1547 y murió en 1616. En el siglo último, es decir, en el año 1847, no fué por de contado posible á España celebrar tranquilamente el tercer centenario del nacimiento del grande hombre, pues en estos días otros quehaceres menos agradables la desazonaban y embargaban, desgarrada como estaba entonces la nación por las pretensiones de tantos generales ambiciosos. Ahora es costumbre bien establecida celebrar las fechas importantes de la historia literaria y política de todos los países, y Cervantes, claro está, tiene más derecho que ninguno á ser constantemente recordado y exaltado. Pero esperar hasta 1947 para conmemorar el fausto suceso de su nacimiento es consuelo remoto, y el aniversario de la muerte, que

está más próximo, no se acomoda bien á festejos y banquetes. Por esto sin duda se ha decidido aprovechar la coincidencia feliz de cumplirse en 1905 y en este mismo mes de Enero tres centurias de la aparición del *Quijote*; mejor dicho, de la primera parte de *Don Quijote*, pues la segunda, que Goethe y algunos buenos críticos ingleses consideran superior, no se publicó hasta 1615.

Débase á la Real Academia Española la iniciativa de esta conmemoración, pero el primer cuerpo oficial que ha celebrado la fiesta ha sido la *British Academy* en muy lucido banquete el 25 de Enero en el local de la Sociedad de Anticuarios de Londres, al que entre otros muchos, asistieron historiadores, poetas, sabios, profesores, Bryce, Edmund Goss, Lord Reay, Gollan-

cz, y en el que oyeron todos con interés un trabajo de primer orden de Mr. J. Fitzmaurice-Kelly sobre la influencia de Cervantes en la literatura inglesa, trabajo de sólida, impecable erudición, digno—como del extracto publicado en el *Times* bien se comprende—de quien en Inglaterra es llamado el primero de los Cervantistas; y por mi parte no sé si en otra región, si en España misma ha demostrado alguien en nuestros días conocer mejor á Cervantes que Fitzmaurice-Kelly en su edición del texto primitivo y en los prólogos admirables del Cervantes completo en inglés, de que lleva ocho volúmenes publicados una casa editora de Glasgow.

Nada nuevo hay en realidad ahora que decir sobre la inmortal novela, nada que agregar á lo que tantos ilustres admiradores han escrito. Habría que quitar más bien que añadir, suprimiendo no poco de los comentarios de los Cervantófilos exagerados, que en España han pretendido convertir al autor en ídolo y su obra en monumento misterioso lleno de significaciones abstrusas é insondables profundidades. Ambas partes del *Quijote* se encuentran hoy minuciosamente escudriñadas por eruditos muy sagaces, como nunca otro libro castellano lo ha sido. No es esto negar que aun queden puntos oscuros, pormenores inexplicados, quizás inexplicables. Ignórase siempre el nombre verdadero del llamado Avellaneda; no se comprende por qué motivo copió Cervantes servilmente y ensartó en la dedicatoria frases enteras de la edición de poesías de Garcilaso hecha por Herrera. Hasta ayer no se fijó bien cuál era la primera edición de la obra y todavía no está bien averiguado qué eran los "duelos y quebrantos" que comía los sábados el ingenioso hidalgo, pues la explicación de Pellicer no á todos satisface. *Et sic de ceteris.*

Vamos en suma conociendo bien el *Quijote* y en muchos casos ha bastado la evidencia interna para aclarar las dudas. También á Cervantes lo vamos conociendo mejor, gracias á multitud de documentos que en estos últimos

DOCTOR ODOARDO LEON PONTE

Registra hoy EL HERALDO DEL ISTMO con profunda pena, una ingrata noticia: la muerte del doctor ODOARDO LEÓN PONTE, Director-Gerente del *Diario de Panamá*, ocurrida en el Hospital de Ancón, tras cortos días de enfermedad, en la madrugada del veinticuatro.

El acontecimiento, por lo inesperado, nos conmovió hondamente. Sabíamos bien que el buen amigo y compañero era aficionado á los viajes, pero nunca creímos que tan pronto emprendiera el viaje largo al país de donde jamás se vuelve.

Era el doctor PONTE infatigable obrero del trabajo y del progreso. Periodista y empresario, ponía siempre su inteligencia y sus haberes al servicio de la Verdad y del Bien. Firme en sus principios, lo sorprendió la muerte luchando. Descubrámonos, pues, con respeto ante el gladiador caído en la arena, de cara al sol, blandiendo su lanza y embrazando su escudo.

La leyenda del corazón

EL otro día ha ocurrido en París un pequeño suceso que da pie apenas para un párrafo de la crónica policial de un diario, pero que en el fondo es una muestra del buen humor fecundo é inacabable de la gran ciudad.

Un comerciante, dice un diario parisiense de donde tomamos el hecho, de la calle de Artes y Oficios, M. Adrien R... descubrió que su mujer le era infiel. Como él á su vez no la amaba, no quiso tomar el asunto en serio y resolvió simplemente dar una lección á su esposa. Un sentimiento de amor propio, por otra parte, le alentaba á tomar tal resolución.

Hombre de sentimientos pacíficos, odiaba el drama y la sangre, y le repugnaba hacerse justicia por sí mismo, á balazos, como tantos otros.

Después de reflexionar largamente tuvo, dice el diario la idea de "modernizar" la terrible "leyenda del corazón", y para turbar un poco la quietud de su esposa, la condujo una noche á oír la pieza de Jean Aicard. En ella se ve un esposo engañado que después de muchos afanes arranca el corazón al amante de su mujer y hace que ésta se lo coma.

Madame R... se impresionó profundamente con esta representación. Su miedo fué á cada instante mas grande, pues M. Adrien R... la miraba desde el otro día con rostro severo y no le hablaba sino por monosílabos.

El marido apuraba con delicia inefable su venganza. La prolongaba con mil procedimientos. La esposa temblaba de horror ante él. Aquella leyenda terrible del corazón iba unida á ese hombre de rostro austero y ojos fulminantes, que solo le hablaba por monosílabos.

Un día él quiso precipitar de una vez el desenlace. En vez de imitar al personaje de Aicard, quiso mejor hacer como "el señor de Vergy", personaje de opereta que estaba muy en boga en aquel tiempo. Compró en una carnicería un corazón y volvió á su casa llevándole envuelto en un pequeño paquete ensangrentado.

—¿Qué traes ahí? gritó Madame. R... espantada.

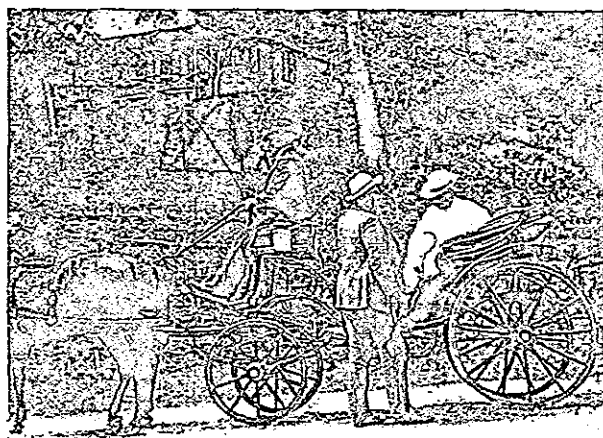
—Un corazón, respondió él, tú lo acomodará para la hora del almuerzo.

El corazón, fué en efecto, servido al comienzo del almuerzo, y Madame R... que no podía dejar de pensar en la leyenda, se vió obligada á comer, constreñida por su marido.

sin amargura y la vida desastrosa, intranquila, sin goces ni consuelos de su infortunado autor. Era un hombre maduro de cincuenta y siete años cuando entregó al editor el manuscrito de la primera parte, un anciano de sesenta y siete años cuando concluyó la segunda, que no es menos risueña ni menos alegre ni menos suavemente irónica que la otra. Ambas sin duda destilan finamente el amargo caudal de lágrimas acopiado en una vida entera de disgustos y pesadumbres, pero el tono constante de resignación y tolerancia mitiga siempre su amargura. El trágico contraste, presente sin cesar, impregna de alta poesía los episodios más aparentemente vulgares y la imagen del autor y de sus penas no se aparta del lector. Contraste dramático y perpetuo, fuente inagotable de belleza de simpático interés, que aumenta á medida que se van conociendo los angustiosos detalles de tan larga vida de contrariedades y miserias.

ENRIQUE PIÑEYRO.

París, Enero 31, 1905.



El General Davis en su coche en la entrada del Hospital de Ancón.

Amor que mata



RECORRIENDO esas Crónicas de los Tribunales que Albert Bataille lanza anualmente á la publicidad, y fijando un poco la atención en esos crímenes que se han dado en llamar *pasionales*, no puede menos de traerse á la memoria aquellas palabras de Saint-Beuve: "el amor de dos seres en este mundo, no es con frecuencia más que el privilegio de proporcionarse uno al otro los más grandes dolores."

Amar mucho, es odiar mucho: es vivir una existencia de sufrimientos intensos; es tender un puente entre el cielo de los actos heroicos y el abismo de las cosas infames. Leandro ó Des Grieux: escojed entre entos dos extremos. Amar un poco menos, no es ya amar. Matar por amor es natural, es humano, es casi plausible. El delincuente es el *delincuente honrado* del poeta español; se le absuelve por la misma razón que Cristo absolvió á la Magdalena: por haber amado mucho. Entre el hombre que perdona, y el hombre que mata, creo que la mujer prefiere al segundo. En amor, el perdón es una gran infamia.

Tiene este inmenso egoísmo de la pasión rasgos de crueldad tan inaudita, que no hay ser humano que no prefiera ver desgraciada á la persona amada, al lado suyo, que verla feliz al lado de otro. Aliméntase el amor de ferocidades excelsas y de exquisiteces de fiera; acompaña los instintos de terrible destrucción, y aunque véáis el espacio sereno, pensad en que es la

región donde se forman las tormentas. Si queréis conservar vuestro hígado, si estimáis la salud de vuestro estómago, dejad quieto el amor. Pero esta receta se parece mucho á la que recomendaba un sabio higienista para prolongar la existencia: "El que quiera vivir mucho que viva poco."

Pero la vida que no se vive, la que se prolonga en somnolencia definida, la que no vibra, palpita y se afana, la que está exenta de luchas y se arrastra penosamente en la insustancialidad de la sombra y del silencio, antes semeja la muerte.

¿Qué más da la inmovilidad del sepulcro que la de esos espíritus enterrados en la fosa de un cuerpo? ¿Pues para qué hay sangre en las arterias, sino para que circule y se agolpe y en ondulaciones rítmicas responda á los estados de conciencia? ¿Para qué hay sistema nervioso sino para que sirva de vehículo á las impresiones del interior que han de chocar con las almas? ¿Para qué queréis todo este andamiaje, lámpara sin aceite, iglesia sin fe, cerebro sin luz, ave sin alas, corazón sin latidos? Si sois avaros de la vida, guardad vuestro dinero, pero jamás, ¡no, jamás! digáis que sois ricos, nunca digáis que habéis vivido. Eso que llamais vivir no es tal; es un engaño de la existencia, un pretexto para no ocupar un nicho. Pensáis sobornar á la muerte; pero ésta no os quiere, porque ya sois suyos, porque no necesitáis moriros para dejar de existir.

No temáis al amor que mata! No os resguardéis de "esta fuente de aberraciones que el higienista, el médico legal y el legislador, están llamados á prevenir ó á interpretar," según consta en el diccionario de Medicina de Nysten; es bueno que alguna vez acuse fiebre vuestro pulso; es bueno que améis una vez ó dos... ó siempre. Y cuando se ha amado una sola vez, se ha estado al borde del abismo; casi se ha sido candidato á reo. ¿Qué os faltó para no ser llevados al banquillo de los delincuentes? Osfaltó una sola cosa: haber amado más.

Yo os digo que el *crimen pasional* todavía prueba una gran cosa: que la humanidad no ha llegado á ese exceso de madurez repulsiva que acusa un agotamiento en la fuerza vital de los individuos; porque cuando una raza ó una nación, ha dicho un pensador ilustre, ha llegado al punto final de su carrera, los individuos pierden la facultad de amarse; rebájense las sensaciones del sistema nervioso, huye un sexo del otro, y desprovistos de su "afinidad afectiva," —para emplear la designación que Goethe tomó de la química,—serán dos cuerpos que podrán encontrarse eternamente, y esto no será más que una yuxtaposición sin vida, que no conducirá á ningún efecto dinámico.

No os alarméis por la proporción en que figuran los crímenes pasionales en las Crónicas de Albert Bataille; prueba que todavía la humanidad posee grandes reservas de elementos sanos. Entre Verlaine y Otello, la elección no es dudosa: la verdad, la salud, están al lado del celoso veneciano.

Dichosos los que aún se encuentran en elevada condición moral para sentirse heridos del amor que mata.

CARLOS DÍAZ DUFOO.

Lázaro

Lázaro, ven!

Gritóle
El Salvador, y del sepulcro yerto
El cadáver alzóse entre el sudario,
Ensayó caminar á pasos trémulos,
Olió, palpó, sintió, dió un grito
Y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las brumas
Del crepúsculo gris, en el misterio
Del lugar y la hora, entre las ruinas
De antiguo cementerio,
Lázaro estaba sollozando á solas
Y envidiando á los muertos.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Pero apenas hubo comido ella algunos bocados, M. Adrien R. . . hizo oír un siniestro rechinar de dientes.

—¡Ah! ¡ah! gritó, con los ojos salidos de las órbitas, ya estoy vengado!

—¿Vengado? . . .

—Sí, señora, esta mañana he muerto á vuestro amante, le he arrancado el corazón, este corazón que tenéis delante de vuestros ojos, y del cual vos acabáis de comer! !

Madame R. . . sintió que perdía su corazón; sin tener conciencia de sus actos, se levantó de la mesa, abrió la ventana, y antes que su marido hubiese podido prevenir su movimiento, se arrojó á la calle desde la altura del primer piso.

Este desenlace inesperado sobrepasaba el fin que M. R. se había propuesto. Corrió á levantar á su mujer, la cual, en su caída, se había roto una pierna. Acudió en seguida á contar la aventura al comisario.

Parece que Monsieur R. y Madame R. han entablado de común acuerdo una demanda de divorcio.

MONT-CALM.

Contrastes

Hay en los mares vórtices profundos,
Hay en la tierra simas pavorosas;
Y cubriendo el abismo de esos mundos,
Sobre el uno, las olas misteriosas
Sobre el otro, los gérmenes fecundos.

Imagen de ese estado es en el hombre
El pensamiento, de contrastes lleno:
En su cima, virtud, grandeza y nombre
En su abismo, maldad, infamia y cieno.

ANDRÉS VILLARREAL E.

Notas

ARCHIBALDO E. BOYD, un buen compañero de juventud, ha dicho adiós á la vida de soltero y entrado con fervor en la cofradía de San Antonio. Obraron el prodigio unos ojos negros bellísimos colocados en una carita de cielo, y una adorable gentileza de princesita de cuento de hadas. Aporta el buen amigo al matrimonio un caudal de buenas cualidades; la novia, Sta. SABINA PANIZA, lleva su belleza, su juventud risueña y un amor inmenso por el que desde el día 27 en la madrugada es su compañero eterno ante Dios y ante los hombres.

La felicidad, pues, con sus alas azules cobijará siempre el hogar que acaba de fundarse y no tendrá ocase para los contrayentes la luna de miel de que ahora disfrutan.

MUY pronto ha de llegar á esta ciuda el Doctor Manuel Felipe Rodríguez, periodista venezolano, director de *El Pregonero*, diario de Caracas de gran circulación, fundado por nuestro malogrado amigo el doctor ODOARDO LEÓN PONTE. Viene el doctor Rodríguez con el propósito de conducir á Caracas el cadáver embalsamado del Doctor PONTE, cumpliendo así voluntad expresa del extinto.

El paso de PONTE entre nosotros ha sido rápido, pero no podemos decir de él que se alejó sin dejar huella. Los seres que poseen cualidades superiores de energía y de inteligencia dejan tras de sí una memoria que los perpetúa en el recuerdo de las gentes. *El Diario de Panamá*, periódico llamado á un gran porvenir, hará eterno entre nosotros el recuerdo del caballero y del amigo que se fué para siempre.

SEGÚN dice la *Revista Moderna* de México, Enrique de Sienkewicz, el conocido escritor polaco, cuya popularidad se hizo de la noche á la mañana con la publicación de "¿Quo Vadis?" novela tan mediocre, histórica y literariamente, y que, por su mediocridad y por su dogmatismo, priva tanto entre el vulgo, va á publicar una trilogía que titulará: "En el campo de la gloria," tomando por héroe principal al Rey Sobieski.

Sienkewicz trabaja actualmente en su nueva obra, á la sombra de los viejos árboles que rodean el regío castillo que, no ha mucho, le obsequiaron algunos de sus admiradores compatriotas.

Se cree que "En el campo de la gloria," superará notablemente á todas las novelas anteriores

del popular escritor, y que su aparición en el mundo de las letras marcará una huella profunda. Eso, á lo menos, se deduce del bombo inusitado que los editores comienzan á hacerle.

ACUSAMOS recibo á don Feliciano Molino A. delacróstico que á S. E. el Presidente de la República ha compuesto.

CÚMPLENOS presentar nuestro pésame sincero a estimado compañero de labores periodísticas don Darío Vallarino, Redactor de *El Cronista*, por la muerte de su tierno hijo LUIS ERNESTO, ocurrida en esta ciudad el día 21 del mes que termina hoy.

HEMOS recibido los siguientes folletos:

Locales:

Boletín Estadístico N° 1° publicado por la Secretaría de Fomento y Obras Públicas.

Informe del Gobernador de la Provincia de Panamá á su Excelencia el Presidente de la República, acerca de dos visitas pasadas á los distritos de su jurisdicción.

Informe N° 1° del Secretario de Fomento á su Excelencia el Presidente de la República, acerca de las obras públicas en las provincias de Bocas del Toro y Chiriquí.

Del Exterior:

Dos Páginas de Política Intercontinental Americana, por Juan Bautista Lameda, Caracas.

España y América.—Monografías populares—República Argentina, por Emilio H. Villar. Publicación hecha de cuenta de la *Unión Ibero-Americana*. Madrid.

Mensaje del Presidente de Guatemala á la Asamblea Nacional Legislativa en sus sesiones de 1905. Guatemala.

Agradecemos debidamente el envío de estos folletos, y prometemos, leerlos con detención, ocupándonos próximamente de algunos de ellos.

Recreaciones Intelectuales

49.^a—SALTO DE CABALLO

el	pri	dá	fué	me	(Es	tu	quí	co	ca
ver	pe	pri	na	ca	én	ra	rá	en	sé
me	tú	el	ro,	pa	trí	gos	M.	Bus	un
ro	y	ro,	ron	tí	Dí	Me	zón	No	sé
do	tí	Un	ñol.) 100.	mí	tí	Bar	gu	en	no:
ha	el	me	A 1	jé	em	tus	sé.	Jo	un
víc	sí	mas	gos	en	a	tes	po	sa	ga
úl	de	qui	mis	y	de	yo	pér	rá	no.
has	ños	car	mo	y...	en	en	que	ñas	fi
bus	tí	No	ga	lo	Sé	te	dos	va	se

50.^a LOGOGRIFO NUMÉRICO:

1234567	droga.
745632	vasija
36147	verbo
5672	nombre propio de mujer
672	conjunción
74	nota musical
5.	Letra.

51.^a—CERVANTINA

"LA CRUDA FUERZA DE UN NOTORIO ENGAÑO"

Nombrar la obra de Cervantes en que aparece este verso, con indicación precisa de la composición á que pertenece el verso.

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

- 49.^a—*Misterio*, de Conway.
- 50.^a—*Tomás Gordieff*, de Gorki.
- 51.^a—*Memorias de una doncella*, de Mirbeau.

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Chevalier, Andreve & C^a. un día después de la salida del periódico, en cubierta cerrada dirigida al Director de la Revista.

SOLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS ENVIEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no se tomarán en consideración.

Soluciones del Número anterior:

- 46.^a—Muchos consejos y advertencias buenas. De mis amigos todos recibí. Recibí á manos llenas. Para consuelo de mis hondas penas. Pruebas de afecto y de interés por mí. Paciencia, me decían, Los que otorgarme protección querían. Pero con tanta protección no obstante. Bien pudiera haber muerto, Si un hombre fiel, intrépido arrogante. No me hubiera amparado en mi desierto. Hombre intrépido y fiel! . . . agradecido. Porque por él no he sucumbido, Mi gratitud sincera. Eterna será siempre como es hoy. Mas no puedo abrazarlo aunque quisiera. Porque el hombre que obró de tal manera. Yo mismo, y nadie más, yo mismo soy!
- 47.^a—Ay de los vencidos!

Frase pronunciada por Breno al pesar el oro que los romanos le ofrecían como rescate el año 390 A. de J.

48.^a—Soldado. Mikado. Recado. Relamido.

Obtuvieron premio: por las 46.^a y 48.^a Ramón Noriega; por la 47.^a César A. Mendoza.

Envió también solución de la 47.^a Domingo Jiménez A.

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de FERRARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO.

II

Omnia vincit Amor.

VIRGILIO.

(Continuación).

—Del tono enérgico conque habéis dicho: Vamos! parece que teméis que os sea necesario para ello energía.

—El camino es difícil?

—Váis á ver. Hélo allí!

Un angosto sendero entre espesos zarzales, abríase ante ellos. Internáronse por él y bien pronto llegaron á la barranca.

Bastante grande primeramente, y llena de pequeñas praderas sembradas de gruesas piedras grises, que se estrechaban luego poco á poco, levantándose, nublando sus flancos y encajonándose de manera tal que no dejaban entre las rocas perpendiculares de la montaña sino un estrecho paso al agua. Esta derramábase en numerosas cascadas, de roca, en roca, con saltos de espuma y un ruido, que intimidaba. Blanca y Jacobo caminaban lentamente, apoyándose en sus bastones, agarrándose á los arbustos, asidos á las hendiduras de las rocas, hundiéndose á veces hasta las rodillas en los aguazales que formaba la límpida corriente, mas sin entreabrir los labios, pues el aspecto salvaje del lugar los oprimía. De súbito la barranca se alargó, se espació, produciéndoles una alegría maravillosa. El arroyo corría dulcemente entre praderas ensangrentadas de pequeñas rosas rojas, elevándose de cada lado de los flancos de la montaña, no menos tristes y negros que las enormes rocas allí esparcidas, pero cubiertas de un barullo intrincado de árboles y de plantas de colores múltiples, de todos los matices, desde el verde gris oscuro, vejete, del olivo, hasta el verde sombrío, severo y brillante del ciprés, y el verde tierno, ostentoso de alegría de la higuera. Madroños, laureles silvestres, pinos, encinas cubiertas de enredaderas unidas las unas á las otras por lianas caprichosas, dejando entrever de aquí y de allá espesuras de ginetas y del ramaje profundo, el canto de los pájaros derramándose en perlados trinos, acompañado del bajo lejano del arroyo en las cascadas de la sombría barranca. Blanca caminaba sonreída y despreocupada, de suerte que se entristeció cuando, á las indicaciones de Jacobo, tuvo que abandonar las riberas del agua

para seguir un sendero que dominaba presto la barranca y que llevaba al pie mismo del pico de las Abejas.

El reloj de Blanca señalaba las once cuando llegaron. Algunas ligeras nubes empujadas por el viento que soplabá en las altas regiones de la atmósfera, rozaban la cresta del monte, atravesando vertiginosamente el valle y perdiéndose detrás de Mordeloch. Un gran silencio cerníase.....

Blanca y Jacobo encontrábanse en los lindes de una selva de encinas, cerca de un manantial que brotaba de una roca verde-musgo y que se perdía en el suelo entapizado de berro.

A algunos metros de distancia el sendero cortábase en ángulo recto serpentando en innumerables emboscadas al rededor de la montaña para internarse luego en un bosque que, debido á la coloración variada del ramaje podía creerse formado con toda clase de árboles.

Jacobó, dijo la niña, yo tengo mucha hambre, y vos?

—No hemos llegado aún....

—Descansemos, queréis? hemos hecho una buena jornada hoy.—Ved qué sombra tan deliciosa hace aquí, y la fuente! Podremos coger berro; á vos os gusta bastante, creo!

Habiéndose desembarazado Jacobo de su saco, Blanca se apresuró á vaciarlo y, como Jacobo permanecía aún indeciso, ella sacó del bolsillo un estuche con cigarrillos, haciéndolo reflejar al sol.

—Dadme! dijo Jacobo.

—Venid á tomarlo.

—Dadme!

—Cogedlo!

Y aquello fué una divertida persecución que, después de todo, no se prolongó mucho, porque la agilidad de Blanca no podía luchar con las fuertes y vigorosas piernas del joven. La asió con una mano por el talle, mientras que, con la otra, procuraba apoderarse del estuche; fácilmente Blanca se dejó vencer, y volviéron á orillas de la fuente.—Jacobó se sentó y encendió un cigarrillo.

Fumad tranquilamente, dijo Blanca, yo voy á ver si hay fresas en el bosque.

Pronto regresó; no había encontrado fresas pero traía un inmenso ramillete de flores silvestres que la envolvían en la alegría de sus vivos colores y en la voluptuosidad de suaves perfumes. Por una ingenua coquetería, había adornado sus cabellos con espigas de clemátides y rodeado su cintura de delicadas lianas de largas hojas verdes, mientras que en la escotadura de su blusa, flores escarlatas de granada se entreabrían horrorosas de sensualidad salvaje. La niña arrojó toda su odórfica cosecha á los pies de Jacobo.

—Tomad! no hay fresas en el bosque, pero hay flores, flores, muchas flores! Habría querido cojerlas todas, para habernos hecho asientos y camas de flores, pero no he podido....

Esperó que Jacobo hubiera terminado de fumar y luego extendiendo una servilleta sobre la hierba, arregló sobre ella las provisiones llevadas, puso la botella de vino tinto al fresco bajo la corriente, recogió gran copia de rábanos que trató de limpiar y arreglar, y cuando todo estuvo listo:

—Y ahora, almorcemos! dijo con adorable acento é infantil alegría.

Almorzaron gozosos.

Le reían al sol, á las flores á los manjaros, á los vinos, á los cuchicheos de la fuente y al murmullo de los árboles del bosque.—Blanca sonreíale á su felicidad, á su apetito, á su juventud, al caluroso empuje de vida que sentía vagamente en sí.—A los postres, destaparon una botella de Champagne, recibiendo con aclamaciones y gritos la escapada de la perfumada espuma. Blanca, tanta era su excitación, que no se apercebía que bebía rápidamente, uno tras otro varios vasos. Jacobo encontraba mas cómodo beber en la botella.

Así que todo hubo terminado, Blanca, invadida por una voluptuosa languidez, se instaló cómodamente sobre la hierba, para dormir. Jacobo estaba ya sumido en profundo sueño. Mas una fuerza muy vaga sostenía los ojos de la niña continuamente abiertos.—Con el fin de distraerse, quiso contar las flores de un granado silvestre que ostentaba su tupida frondosidad á los confines del bosque. Las flores rojas destacábanse en el verde del ramaje cual un vibrante repiqueo de clarines en medio de un concierto á la sordina de violines y de flautas, ó como de labios sensuales, temblorosos de deseo, en un rostro pálido.

(Continuará).

EL GRAN ESPECIFICO

SEVEN



SEVEN SISTERS WITH THE LONGEST AND MOST BEAUTIFUL HAIR IN THE WORLD—LIVING PROOFS OF ITS MERIT
SUTHERLAND SISTERS HAIR GROWER

Para aumentar y embellecer el Cabello

La siete hermanas

SUTHERLAND

Una familia entera con una preciosa

Cabellera

debido á este REMEDIO

DE VENTA EN LA *Farmacia Central*

AMERICAN TRADE DEVELOPING COMPANY

Comerciantes. Comisionistas. Importadores y Exportadores

Banqueros de AMERICAN EXPRESS COMPANY. PITT & SCOTT EXPRESS COMPANY

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters, Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance Company, Curtis's & Hervey Limited Gunpowder; Westfalischer Lloyds, The Bradstreet Company, Deutscher Lloyds, Berlin; Compañías de Aseguros Marítimos *El Día*, Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschiffahrts Gesellschaft *Kosmos*



Vendemos á los precios más reducidos de la plaza

Kerosene. Jabón. Velas. Manteca, Azúcar, Alambre de Púas Provisiones. Leche Condensada. La afamada CHAMPAGNE de Charles Heidsieck, y Cognac Bisquit Dubouch.

Cual es la hora fija?



Para obtenerla usen ustedes un reloj de precisión como de - - - -

Omega,

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y Waltham Watch Co.

Unico Agente:

José Misteli.

El almacén más surtido en joyería y artículos de fantasía.

TODO GARANTIZADO

Emanuel Lyons

IMPORTADOR, EXPORTADOR Y COMISIONISTA .

... Carrera de Bolívar ...

Artículos enlozados, blancos y decorados.

Artículos electro plateados de las mejores marcas

Cuchillería superior, Lámparas de colgar y de pie Útiles para el servicio de la casa, Molduras y vidrios para Cuadros

El surtido más completo de FERRETERIA

Cemento, Hierro acanalado, Pinturas, Material de construcción.--Las mejoras HERRAMIENTAS para ARTESANOS.

¡¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!!